



FORMOSA

UNA LARGA

NOCHE

ANIMAL

HUMBERTO
HAUFF



Leer con nuestra gente



Presidenta de la Nación
Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Educación de la Nación
Prof. Alberto Sileoni

Secretaría de Educación de la Nación
Prof. María Inés Abrile de Vollmer



Directora del Plan Nacional de Lectura
Margarita Eggers Lan

Coordinadora Región 4 (NEA)
Natalia Porta López
plecturaporta@gmail.com

Armado de la colección
Equipo Plan Provincial de Lectura de Formosa
Vanina Bravo y Olga Dri
planlecturaregion4@gmail.com

Gobernador de la Prov. de Formosa
Dr. Gildo Insfrán

Cultura y Educación de la Prov. de Formosa
Lic. Olga Isabel Comello

Subsecretario de Cultura
D. Antonio Alfredo Jara

Subsecretario de Educación
D. Pedro Acosta Román

Referente Plan Lectura
Lic. Graciela Susana Buiatti

Referente Pedagógica del Plan Lectura
Prof. Graciela del Socorro Oviedo

Equipo técnico Plan Lectura Formosa
Profesores: Brigido Centurión, Ana Rutti, Olga Malgarini, Cecilia Hauff Colcombet, Gladys Sosa, Claudia Jara, María Susana Ríos

“Una larga noche animal”, de Humberto Hauff
en *Los sueños se concretan mañana*, Ñasaindy Cartonera, 2010.
© Humberto Hauff

Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura 2011

Ministerio de Educación de la Nación
Secretaría de Educación
Plan Nacional de Lectura 2011
Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires
Tel: (011) 4129-1075/1127
planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2011

UNA LARGA

NOCHE ANIMAL

HUMBERTO HAUFF

Fueron hombres de la Prefectura Naval Argentina quienes escucharon por primera vez el llanto del niño mientras navegaban sobre las calles inundadas del Bolsón Chico. Apagaron el motor de la lancha para oír mejor la queja y por un rato, mientras esperaban un cambio en el sentido del viento que les permitiera ubicar con exactitud el lugar de procedencia del sollozo, se dejaron llevar por la correntada que iba hacia el oeste.

Los hombres, mientras aguzaban el oído, miraban las casas sumergidas hasta las ventanas buscando un movimiento extraño, una

señal de vida en el barrio abandonado. La tenue luz del amanecer nublado dejaba ver un paisaje apocalíptico. Los postes del alumbrado público y los techos de las construcciones humildes señalaban el posible trazado de las cuadras, y había árboles que servían de refugio a las gallinas y a los gatos que no habían conseguido escapar del agua.

Cuando pensaron que se habían alejado demasiado de la zona del lloriqueo, pusieron en movimiento la lancha y remontaron la corriente a la que habían estado abandonados. En el esquinero de un alambrado perimetral, junto a una bocacalle turbulenta donde se encontraban las aguas que emergían de un desagüe pluvial con las aguas superficiales, ataron el bote. El viento no tardó en traerles de nuevo la voz del niño.

No había muchos ruidos en el ambiente, apenas el silbido agudo del viento sur en los cables de electricidad y el murmullo del agua chocando contra los obstáculos naturales, por eso enseguida el llamado de auxilio hizo fijar la mirada de los hombres en un rancho de palmas lejano, aislado en el costado opuesto de un descampado vecino. Pronto no tuvie-

ron dudas: en ese lugar un niño llamaba a la madre. Y hacia ese lugar hicieron navegar la embarcación.

La barrera había cedido en el Bolsón Grande la tarde anterior y el agua había ganado primero ese barrio y después el San Cayetano y el 25 de Mayo; poco más tarde, a raudales, y mientras la gente marchaba hacia lugares altos en un éxodo de fin de mundo, buscó el centro de la ciudad de Clorinda por las avenidas Marana y España. Los dos primeros ranchos que alcanzó el torrente mugroso desaparecieron en segundos del paisaje como si un gigante hubiera pateado unos míseros nidos de cuises en el espartillar. Un tercero resistió el embate violento, pero el agua que ingresó por las rendijas de sus paredes de palma clausuró desde adentro la única puerta de tablas de timbó que tenía, por eso los socorristas que esta mañana habían pasado por el lugar no habían visto más que una casa cerrada y silenciosa. Hasta que escucharon al chico.

El desborde de los ríos Paraguay y Pilcomayo, que por un tiempo se había contenido con barreras de tierra, inundó la ciudad cuando esas defensas simplemente no resistieron la

acción humectante del agua. Ocurrió a fines de mayo de 1992, en un otoño húmedo y frío que los formoseños recordarán siempre como el de la Última Gran Inundación porque fue la catástrofe que les hizo entender que, si en el futuro próximo no se tomaban medidas serias para salvar el inconveniente cíclico, terminarían oliendo a bagres y viviendo en casas elevadas a más de dos metros del suelo. En esos días tristes para todos, pero principalmente para los clorindenses, las instituciones públicas se involucraron para ayudar en la emergencia y sus empleados fueron afectados a realizar distintos tipos de trabajos solidarios, desde la simple ayuda para transportar enseres domésticos de las personas que desde los barrios ribereños eran llevados hacia los centros de evacuados, a pie o en camiones del Ejército, hasta la asistencia profesional en un quirófano. Los docentes, por ejemplo, que habían perdido sus aulas y no tenían donde dictar sus clases, fueron destinados a colaborar con la Prefectura en el rescate de enfermos y ancianos en los barrios bajos, principalmente aquellos que habían quedado, de manera muy rápida, en el agua. Entonces abordaron lanchas livianas con las que recorrieron las calles que ahora eran ríos

y se enfrentaron al frío y a la llovizna con apenas un termo de café caliente bajo los brazos.

Uno de esos maestros iba en la lancha de Prefectura que llegó hasta el rancho de palmas donde lloraba el niño y fue él quien ató la nave al tirante que sobresalía del techo de chapas de cartón. Fue ese hombre quien forzó la puerta para abrirla, saltó al agua que le cubrió hasta el pecho, tomó al chico que estaba aterido y aterrorizado sobre una mesa, lo envolvió con una frazada y lo pasó al bote donde otras manos lo acomodaron en el fondo del casco. Desde allí, todavía lloroso, el chico preguntó sin mirar a sus salvadores:

—¿Y Bobi?

Los hombres de Prefectura no se detuvieron a pensar en el significado de las palabras del niño, aunque quizá alguno se haya preguntado por qué no llamaba a la madre, a quien había estado reclamando con tanta angustia. El maestro, en cambio, después de escucharlo, miró la puerta de tablas y estudió con la mirada los arañazos que tenía en su lado externo y que ya le habían llamado la atención cuando llegaron. Largos e innumerables surcos verticales la marcaban y sal-

picaduras de agua sucia manchaban las astillas. Vio que en esas aureolas húmedas también había destellos de sangre fresca.

El maestro, quien ya sospechaba lo que realmente había ocurrido en ese lugar, escrutó el acuoso horizonte próximo, y fue por eso el primero en ver el cadáver del perro que flotaba atascado entre las ramas espinosas de un aromito que sobresalía apenas en la superficie, no muy lejos de la casa. E imaginó una larga y desesperada noche animal junto a esa puerta, hasta que las fuerzas no alcanzaron para seguir a flote.





HUMBERTO HAUFF



Nació en El Colorado, Formosa, en 1960. Es Profesor en Letras, Licenciado en Gestión Educativa y Magíster en Lengua y Literatura. Ejerce la docencia en la Universidad Nacional de Formosa.

PARA SEGUIR LEYENDO



Los fogosos discursos de octubre (1988)

Las raíces buscan el sur (1993)

La esfera sin ejes (2005)

Poemas de Anselmo (2005)

Los sueños se concretan mañana (2010)

Como si todo fuera poco (2010)



Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA



Gobierno de la
Provincia de Formosa

